

Alicia en el país del chocolate

Xavier
Mínguez
Ilustraciones
Ada
García



Capítulo 1

Empezaré aclarando un punto importante: la Alicia de la que hablaré en esta historia no es la que conocéis por otros libros y películas. De manera que, si esperabais revivir las peripecias de aquella niña que se hacía grande y pequeña comiendo galletas, si queríais ver nuevamente a la liebre y al sombrero... no los encontraréis por estas páginas. Eso sí, si queréis conocer las aventuras de una Alicia

alta y rubia en el país del chocolate, tal vez sea una buena idea continuar, ya que a nadie le amarga un dulce.

Alicia, *nuestra* Alicia, destacaba por muchas cosas. Primeramente por su altura, ya que se la veía llegar desde bien lejos. Además, con aquellos cabellos dorados que la naturaleza le había regalado, aún llamaba más la atención. También destacaba en la escuela, con unas notas que provocaban la envidia de sus amigos. Más de una vez le habían pedido que les hiciera los deberes, pero siempre se negaba.

—En todo caso os ayudo —decía.

Y, aunque no era tan llamativo, también destacaba por su biblioteca particular. Alicia coleccionaba cuentos de todo tipo. Le encantaba adentrarse en el mundo de la fantasía y revivir las aventuras de sus personajes prefe-

ridos. A pesar de que se los sabía de memoria, y de que ya no tenía edad, continuaba pidiéndole a su madre que le contara aquellos cuentos que siempre empezaban con un «érase una vez» o «en los tiempos de Maricastaña». Y su madre cogía el banquito especial de contar cuentos, encendía la chimenea y se los narraba con voz dulce, como si se tratara de su propia vida.

Alta, inteligente... pensaréis, pues, que Alicia era perfecta... Bien, la verdad es que tenía una gran debilidad: el chocolate. No le importaba cómo: en barra, deshecho, en polvo, blanco, negro, relleno... El caso era comerlo, saborear el aroma dulce y denso que le pasaba por la lengua y la garganta. El tema del chocolate era, para nuestra amiga, un auténtico problema. En su casa no lo encontraba por más que revolviera todos los cajones y arma-

rios uno a uno. La responsable era su madre. Su madre era también alta, pero gruesa como un barril. Para que os hagáis una idea, al bankito de los cuentos ella lo llamaba la «bancada» de los cuentos. También había hecho ensanchar el agujero de las puertas para que pudiera pasar su voluminosa barriga. Además, normalmente, se pesaba en la báscula municipal, en la de pesar tractores, porque ya había escacharrado cinco básculas de baño. En todo caso, la madre de Alicia se tomaba su estado con mucha alegría.

Curiosamente, a su hija le permitía comer de todo salvo chocolate. Y nunca le había dicho el porqué.

Ante una madre así, si me preguntarais si quería a su hija, tendría que daros dos versiones. Por una parte, la de la propia Alicia, que siempre decía lo mismo:



—Mi madre no es mala persona. Si no me pegara nunca más y me dejara comer chocolate, sería perfecta.

Por otra parte estaba la versión de las vecinas, que también se repetían:

—La madre de Alicia la quiere mucho. Sólo hay que ver cómo se preocupa de que no coma chocolate y cómo le da alguna que otra colleja cariñosa cuando se pone pesada.

Con respecto a la última opinión Alicia, evidentemente, no estaba nada de acuerdo.

Pues éste era el drama de la pequeña, perdón, de la alta Alicia. Su propia madre le prohibía lo que ella más apreciaba. El caso es que lo había probado muy pocas veces. Quizá por esa razón el recuerdo aún se mantenía en su paladar. Y quizá también por eso decidió tomar una decisión.